
OBRAS COMPLETAS

DE

D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

TOMO XV

TRISTÁN

O EL PESIMISMO

NOVELA DE COSTUMBRES

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, número 48.

1922

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

ÍNDICE

- I.—El dueño de la finca
- II.—Felices esposos

- III.—¡Quieto, Fidel!
 - IV.—Una Visita y otras visitas
 - V.—Lo que dicen las abejas
 - VI.—La familia de Tristán
 - VII.—Sus amigos
 - VIII.—Un buen día que concluye mal
 - IX.—Un tropezón de Gustavo Núñez y otro de su amigo Tristán
 - X.—Una noche de novios
 - XI.—El estreno de una obra de carácter
 - XII.—La novena sinfonía
 - XIII.—Vida literaria
 - XIV.—Un descubrimiento del paisano Barragán
 - XV.—El paisano Barragán comercia con los espíritus y luego con los cuerpos
 - XVI.—¡Corazón, arriba!
 - XVII.—La boda de Araceli
 - XVIII.—La flecha del desterrado
 - XIX.—Fieros desengaños de Tristán
 - XX.—Consecuencias de unos celos
 - XXI.—La maldición
 - XXII.—Hacia otro mundo
-

I

EL DUEÑO DE LA FINCA

Un bando prodigiosamente grande de palomas vino a posarse sobre el tejado de la casa. Este quedó blanco como si una copiosa nevada hubiese caído sobre él. Las palomas todas, sin fallar una,

eran blancas. En la pared enjalbegada de la casa, encima del amplio corredor con rejas de madera se abría un ventanillo que daba acceso al palomar. Las palomas ni por un instante soñaron con acercarse a él; ninguna intentó siquiera ponerse sobre la tabla que, a guisa de recibimiento, tenía delante. El día era demasiado espléndido para meterse en casa; un día tibio y claro de primavera en Castilla.

Por el ventanillo del palomar, con toda precaución y cuidado, asomó el rostro un hombre; un rostro atezado, varonil, de bigote gris. Giró sus ojos recelosos, inspeccionó minuciosamente los contornos y se retiró enseguida; volvió a asomarse y otra vez se retiró, como si espíase la llegada de un ladrón.

El ladrón llegó, en efecto. Dio un brinco y se plantó sobre la baranda del corredor; ascendió luego fácilmente por el grueso sarmiento de la parra que se enlazaba retorciéndose a las columnas de madera que sostenían el tejadillo, encaramose sobre éste y echando una mirada recelosa en torno y otra de ávido anhelo a la ventana del palomar, sacó la lengua y se relamió repetidas veces con repugnante ausencia de sentido moral. Luego, no sin cierto estremecimiento nervioso que corrió por todo su cuerpo, se preparó a dar el gran salto. Grande era, en efecto; enorme. Sólo un bandido avezado a correrías peligrosas tuviera la audacia de intentarlo. Después de algunas vacilaciones lanzóse al espacio, logró tocar con las uñas la tabla, y presto se encaramó sobre ella. Y sin pérdida de tiempo se introdujo en el palomar. ¡Desdichado! La traición le acechaba. Apenas puso allí la planta, un pesado garrote con furia manejado le hizo pagar cara su osadía. El criminal comenzó a arrastrarse por el suelo dando mayidos bien lastimeros. Su feroz agresor le contempló estupefacto con ojos extraviados, los brazos caídos

y respirando anhelante. Quiso acercarse a su víctima, pero ésta huía arrastrándose por el sucio aposento donde estaban colocados, como enanaquelería de tienda, los nidos de los pichones.

—¡Válgate Dios! Le he roto una pata—exclamó con voz temblorosa el hombre.

Era un caballero alto, fornido, de unos cuarenta años de edad, la tez morena, los ojos negros, los cabellos crespos y comenzando a blanquear; fisonomía abierta y simpática. Vestía traje de casa, chaqueta oscura y gorra de cazador.

—¡Bis, bis...! ¡menino...! ¡pobrecito, pobrecito!

El gato permitió al fin que se le acercase y le dirigió una mirada triste y medrosa.

—¡Vaya por Dios! ¡vaya por Dios!—murmuró el caballero con acento que distaba mucho de sonar como el grito de triunfo del vencedor satisfecho.

Le pasó la mano suavemente por el lomo y quiso reconocerle la herida; pero el pobre animal lanzaba mayidos cada vez más dolorosos.

—¡Qué diablo! ¡qué diablo!—profirió en el colmo del disgusto.

De pronto, como si le hubiese ocurrido una idea feliz, se irguió de nuevo y abandonando al estropeado gato en el suelo salió del aposento, bajando un poco la cabeza para no chocar con el dintel de la puerta que le daba acceso. No tardó muchos minutos en presentarse otra vez con un canasto en las manos guarnecido en el fondo por un cojín de lana. Tomó al gato con infinitas

precauciones y lo depositó sobre él. Luego, sacando del bolsillo un paquete de vendas, se puso a liarle la piernarota con la delicadeza de un cirujano. El gato le dejaba hacer como si sintiese que de aquello dependía su salud. Cuando estuvo hecha la operación cogió de nuevo el cesto, transformado ya en camilla de hospital, y a paso lento y prevenido lo sacó de allí, bajó la escalera y lo depositó en una de las estancias del único piso alto que tenía la casa.

Era ésta una mansión de hidalgo o labrador acomodado. Los pisos de ladrillo rojo, las paredes enjalbegadas, los techos con las vigas al descubierto. Los muebles eran viejos, macizos, lustrosos; en las alcobas camas enormes de madera sin pabellón; en las paredes colgados grandes cuadros al óleo renegridos y confusos.

Reynoso, que así se nombraba el inventor de la emboscada descrita, contempló largo rato a su víctima que a su vez le miraba con expresión indefinible de temor, reconvención y tristeza dejando escapar débiles mayidos. El agresor respondía a estos mayidos con otros oscuros sonidos guturales que expresaban remordimiento. Al fin, no pudiendo resistir más tiempo la vista de aquella tragedia dolorosa, giró sobre los talones y salió de la estancia. Recorrió algunas otras desiertas en busca de subastón de boj hasta que, recordando que lo había dejado en el palomar, hizo un gesto de pesar y no atreviéndose a empuñar otra vez el fatal instrumento descendió a la planta baja, también desierta, y salió a la calle.

Delante se abría un anchuroso patio recientemente empedrado, cercado por elevada verja de hierro. Nadie pensaría que aquel magnífico patio pertenecía a la hidalga pero humilde morada de donde salía nuestro caballero. Y en realidad no era así. Aquella

casita de paredes blancas y balcones de madera estaba allí solamente como un recuerdo de familia. Asu lado, apartado treinta o cuarenta pasos, se alzaba un moderno y suntuoso hotel que bien pudiera denominarse palacio. Gran escalinata de mármol, montera de pizarra a lo Luis XIV, lunas enormes de cristal en los balcones, todo el arreo, en fin, de que ahora hacen gala los hombres opulentos cuando fabrican una mansión para su regalo. Las cuadras y las cocheras, también suntuosas, cerraban el patio por la izquierda.

Así que las palomas del tejado le divisaron en medio del patio abrieron las alas repentinamente y vinieron a posarse sobre él transformándole en informe estatua de nieve. Reynoso no recibió aquella acostumbrada caricia con la benevolencia de otras veces. El peso de su culpa le hacía atrabiliario.

—¡Quitad, quitad! ¡Fuera!

Y abriendo los brazos como aspas de molino y sacudiendo puntapiés a un lado y a otro las rechazó groseramente.

Herida la susceptibilidad de las candidas palomas por aquel insólito recibimiento, se escaparon nuevamente al tejado. Algunas más zalameras que persistieron en querer picotearle la cabeza, fueron llamadas a la dignidad por sus compañeras y no tardaron también en remontar el vuelo.

Reynoso se acercó a las cocheras y dirigiéndose a un mozo que limpiaba un carruaje:

—Dile a Pedro que enganche antes de las diez para ir a buscar a la estación al señorito Tristán.

Sacó luego su cronómetro. Eran las ocho. Dejó las cocheras y abriendo la gran puerta enrejada se introdujo en el parque. Bello,

esmeradamente cuidado, pero no de grandes dimensiones. En el centro había una plazuela rodeada de cañas de la India y dentro una glorieta con redadera de madre selva y pasionaria. En el fondo y en uno de los ángulos, adosada al alto muro que la cercaba, estaba la casita del jardinero. Reynoso, sin pasar delante de ella como tenía por costumbre, quiso abrir la puerta de madera que comunicaba con el bosque, pero antes de hacerlo lo divisaron los chicos del jardinero que volaron hacia él dando chillidos penetrantes. Quedó un instante inmóvil y una sonrisa de alegría iluminó su semblante enfoscado. Las palomas habían tenido mala suerte.

—¿Qué queréis?—preguntó fingiéndose serio.

—Un beso... un beso—respondieron los chicos, una niña y un niño de seis y cinco años respectivamente.

—¿Nada más?

La niña, avergonzada, hizo signos negativos con la cabeza. Reynoso se inclinó para besarla. Mas he aquí que cuando lo estaba haciendo, el niño le introdujo suavemente la mano en el bolsillo.

—¿Qué haces, pícaro?—exclamó el caballero alzándose bruscamente y mirándole con afectada severidad.

El chico, aterrado, se dio a la fuga. La niña reía: sus carcajadas sonaban frescas y cristalinas como el gorjeo de los pájaros.

—¡A ése! ¡a ése...! ¡Al ladrón!—gritaba Reynoso.

Luego, sacando del bolsillo un caramelo, se lo dio a la niña diciendo:

—Tú, que eres buena, toma. A ese tunante nada.

Pero el chico, advertido, comenzó a volver sobre sus pasos gimoteando:

—¡A mí! ¡a mí también!

—Tú ya lo has robado.

—¡No! ¡no!

Y movía la cabeza a un lado y a otro hasta querer descoyuntársela, y enseñaba las palmas de sus manecitas untadas de tierra.

—Bien. ¡Pero lávate esa cara y esas manos, gorrino!

El chico, sin vacilar, se fue corriendo al pequeño estanque de una fuente de mármol y comenzó a echarse agua a la cara. En vez de quitársela tierra, la esparció de tal modo por sus rosadas mejillas que daba horror. Reynoso no pudo menos de soltar la carcajada. El niño comenzó a llorar perdidamente. Entonces su hermanita se brindó con maternal solicitud a lavarle. Le llevó al estanque, le restregó la cara haciéndole pasar sucesivamente del negro al gris, luego al blanco, después al rojo subido, tan rojo que el niño chillaba como un condenado y estuvo a punto de renunciar de una vez y para siempre a aquel caramelito dolorosamente comprado.

Reynoso estaba enajenado. Su faz resplandecía como la de un justo, aunque distaba mucho de serlo, como acabamos de ver. Después que se hartó de besar a los chicos salió del parque en una felicísima disposición de ánimo, prueba irrecusable de que un fútil suceso bastaba pocas veces para acallar los más atroces remordimientos de nuestra alma.

El bosque contiguo al parque era delicioso: una espesura casiimpenetrable formada de robles, olmos y fresnos que había dado nombre ala finca. Esta era conocida con el nombre de *El Sotillo* y estabasiituada en las inmediaciones de Escorial de Abajo: toda ella, desde lacasa, en suave declive hasta la cañada, por donde corría un arroyo.Después ascendía de nuevo el terreno. Reynoso atravesó el bosque por unlindo y retorcido camino enarenado que él mismo había hecho construir.Al cabo de algún tiempo de marcha el bosque dejaba de ser espesurasombría, impenetrable, y se transformaba en monte ralo de olmos yencinas por cuyos grandes claros pastaban algunas vacas negras y bravascon sus chotillos al lado. El pastor le salió al encuentro. Llevose lamano a su sombrero de fieltro y le informó con rostro alegre de queaquella misma madrugada una de las vacas había parido. El propietario seacercó con satisfacción también a la vaca que lamía al tierno chotillo,echado debajo de ella, dejando escapar débiles mugidos de amor y deorgullo. Después emprendió de nuevo su paseo. Según caminaba, el montese hacía cada vez más ralo y más bajo: las robustas encinas setransformaban en chaparros. La naturaleza rocosa del terreno, oculta enel parque y en el bosque, se mostraba ya al descubierto. Las piedrasasomaban por todas partes. Algunas veces veíaselas desprendidas yyacentes en enormes bloques unas sobre otras en perenne equilibrio. Enla tierra que había entre ellas, ardiente y feraz, crecían innumerablesespecies de flores silvestres de formas caprichosas, de aromapenetrante.

Reynoso arrancó a puñados el tomillo, lo aspiró con voluptuosidad y selo guardó en los bolsillos.

—Rico olor el de la mejorana, ¿verdad, mi señor?—dijo una voz a su espalda.

—No es mejorana, Leandro, es salsero. ¿No ves sus florecitas?

—Verdad es. Muy rico también, muy majo; pero me gusta más la mejorana.

Leandro se había acercado. Era el anciano pastor encargado de los grandes rebaños de ovejas que Reynoso poseía, el personaje más considerable de aquellos campos, grave, prudente, sentencioso. En pos de él otros tres zagalones que le ayudaban, y más tarde el pastor de las vacas que acudía como siempre al señuelo del cigarro. Porque Reynoso gustaba de pararse en compañía de sus servidores y fumar con ellos un cigarro.

—Hasta ahora no hemos disfrutado de una mañana tan templada como esta. Mirad los trigos qué verdes aún. El cierzo y la escarcha no les han dejado crecer; pero unos cuantos días como este bastarán para hacerles ganar lo perdido. No sé por qué sospecho que este año vamos a tener una abundante trilla.

Así dijo el propietario pasando su petaca en torno. Los pastores, con sus grandes sombreros de fieltro y sus medios calzones de cuero, formaban círculo. Tomaron gravemente un cigarrillo, lo pusieron en el rincón de la boca y cada cual sacó sus avíos: yesca de trapo quemado, eslabón y pedernal. Bastaría con que uno encendiese; pero se hubiesen juzgado desairados si no se mostrase claramente que eran poseedores de todos los medios conducentes a producir el fuego. Chocaron los eslabones contra los pedernales, saltaron las chispas, ardió la yesca y más tarde los cigarros, todo en medio de un silencio solemne como el caso requería. Se dieron algunos ansiosos chupetones, y uno de los zagalones con inclinaciones más

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

